

LA REINA GINGA

JOSÉ EDUARDO AGUALUSA

LA REINA GINGA

Y de cómo los africanos
inventaron el mundo

Traducción de Claudia Solans



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Obra apoiada pela Direção-Geral do Livro, dos Arquivos e das Bibliotecas e pelo Camões,
Instituto da Cooperação e da Língua – Portugal

Esta obra cuenta con el apoyo de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas y del
Instituto Camões de Cooperación y Lenguaje de Portugal



Título original: *A rainha Ginga*

Diseño de la cubierta: Eduardo Ruiz, basada en un diseño de Pepe Far

Primera edición en Argentina: noviembre de 2018

Primera edición en España: febrero de 2019

© José Eduardo Agualusa, 2014 por acuerdo con Literarische Agentur Mertin Inh.

Nicole Witt c. K., Frankfurt am Main, Germany

© de la traducción Claudia Solans, 2018

© de la presente edición: Edhasa, 2019

Diputación, 262, 2ª^a

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página www.conlicencia.com

ISBN: 978-84-350-1122-8

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 28981-2018

Impreso en España

En los días antiguos, agregó, los africanos miraban el mar y lo que veían era el fin. El mar era una pared, no un camino. Ahora, los africanos miran el mar y ven un sendero abierto a los portugueses, pero prohibido para ellos. En el futuro, me aseguró, ése será un mar africano. El camino a partir del cual los africanos inventarán el futuro.

*Para Harrie Lemmens,
que me convenció de escribir esta novela.*

*Para Marília Gabriela, Lara
y todas las mujeres africanas
que cada día van inventando el mundo.*

Cuando las aguas cubrieron la Tierra y después nacieron las selvas, siete grandes pájaros, nuestras madres ancestrales, vinieron volando desde el inmenso más allá. Tres de esos pájaros se posaron en el árbol del Bien. Tres se posaron en el árbol del Mal. El séptimo se quedó volando de un árbol a otro.

Leyenda yoruba

La luz con la que ves a los otros es la misma con que los otros te ven a ti.

Proverbio nyaneka

Capítulo Primero

Aquí se cuenta la llegada a Salvador del Congo del narrador de esta historia, el sacerdote pernambucano Francisco José de la Santa Cruz. Esto aconteció en los idus de 1620. Además se cuenta cómo este sacerdote llegó a ser secretario de Ginga –después doña Ana de Sousa, reina del Dongo y de Matamba–, y de cómo la acompañó en una famosa y muy admirable visita a Luanda.

La primera vez que la vi, Ginga miraba el mar. Vestía ricos paños y estaba adornada con bellas joyas de oro en el cuello y sonoras pulseras de plata y de cobre en los brazos y tobillos. Era una mujer pequeña, escurrida de carnes y que, en general, pasaba desapercibida, a no ser por la aparatosidad con que vestía y por la larga corte de criadas y de hombres de armas que la rodeaban.

Fue esto en el reino del Sonho, o Soyo, tal vez en la misma playa que allí, a finales del siglo xv, vio entrar a Diogo Cão y los doce frailes franciscanos que lo acompañaban, al encuentro del Mani-Soyo, el señor del Sonho. La misma playa en la que Mani-Soyo se lavó con el agua del bautismo, seguido por muchos otros hidalgos de su corte. Así, cumplió Nuestro Señor Jesucristo su entrada en esta Etiopía occidental, desengañando al padre de las tinieblas. Al menos, en esa época, yo así lo creía.

La mañana en que vi por primera vez a Ginga, había un mar liso y leve y tan lleno de luz que parecía que dentro de él otro sol se levantaba. Dicen los

marineros que un mar así está bajo el dominio de Galena, una de las nereidas, o sirenas, cuyo nombre, en griego, significa «calma luminosa», la calma del mar inundado de sol.

Aquella luz, creciendo de las aguas, permanece en mi recuerdo, tan viva como las primeras palabras que intercambié con Ginga.

Me preguntó Ginga, después de las exhaustivas frases y gestos de cortesía en que los gentiles de esta región son pródigos, mucho más que en la caprichosa corte europea, si yo consideraba que en el mundo había puertas capaces de cerrar los caminos del mar. Antes de que yo encontrara respuesta a tan esquivia cuestión, ella misma contestó diciendo que no, que no le parecía posible acotar las playas.

En los días antiguos, agregó, los africanos miraban el mar y lo que veían era el fin. El mar era una pared, no un camino. Ahora, los africanos miran el mar y ven un sendero abierto a los portugueses, pero prohibido para ellos. En el futuro, me aseguró, ése será un mar africano. El camino a partir del cual los africanos inventarán el mundo.

Todo esto me dijo Ginga en su lengua, que a esa altura me sonaba no sólo extraña sino imposible, pues era como creer que dos riachuelos pudieran comunicarse uno con el otro únicamente con el natural rumor de su correr. Un negro, casi mi conterráneo, de nombre Domingos Vaz, le servía de intérprete, o *tandala*, que es el título que entre los

ambundos* lleva quien desempeña tal oficio. Era este Domingos Vaz un sujeto de suave trato, muy dado a bromas de todo tipo, lo que no le turbaba el entendimiento ni perjudicaba el oficio. Cuando supo que yo era natural de Pernambuco y que, como él, había vivido los primeros años en un ingenio de azúa, sus modos se volvieron aún más suaves, y allí mismo me ofreció su amistad.

A Ginga le extrañó mi apariencia, pues no veía en mí semejanzas ni con los portugueses venidos del reino, ni con los dorados flamencos, o mafulos, como son conocidos en Angola, menos aún con los gentiles de las diferentes naciones del sertón. «Mi madre era india», le expliqué, «de la nación Caeté. De ella heredé la espesa melena negra y muy lacia, que a pesar de la avanzada edad todavía hoy conservo, aunque ya no tan oscura, además de una irresistible vocación para la melancolía. Mi padre era mulato, hijo de un comerciante de Póvoa do Varzim y de una negra mina,** mujer de muchos encantos y encantamientos, que acompañó e iluminó toda mi infancia. Soy la suma, por cierto un tanto extravagante, de todas esas sangres enemigas».

A continuación, Ginga quiso saber si yo estaba allí con el propósito de servirla como secretario y como

* Grupo étnico bantú que vive en Angola, en la región que se extiende al este de Luanda. (*N. de la T.*)

** De la región de fanti o ashanti, en África Occidental. (*N. de la T.*)

consejero, conforme le había sido prometido por el gobernador portugués, Luís Mendes de Vasconcelos, o más bien para –con malicia– convertirla a la fe de Cristo, pues bien veía por mis vestiduras que yo era padre. Ella había pedido un secretario, no un sacerdote. Diciendo esto agitó las pulseras, soltó una carcajada áspera que a mí me pareció que era el Diablo quien así se reía, y me dijo que toda su fe se encontraba en aquellos aderezos, y en un cofre, que los abundos llaman *mosete*, donde guardan los huesos de los antepasados.

Esa misma noche, ya en el campamento donde pernoctamos, Domingos Vaz narró, con preciosa suma de detalles, algunas de las ceremonias y supersticiones gentilicias que había presenciado. Escuchándolo, sentí que estaba entrando en pleno infierno y me llené de terror. Tantos años transcurridos, mirando sobre mis débiles hombros el alborozo del pasado, no sé si eran tales prácticas más diabólicas que tantas otras de las que yo mismo fui testigo en el seno de la Iglesia católica. Violencias, injusticias, interminables iniquidades, que a mí se me figuran aún más torpes que las cometidas por los impíos, pues si aquéllos ignoran a Dios, los cristianos yerran en Su nombre.

Días más tarde, en la isla de Quindonga, en el caudaloso río Quanza donde, después de destruida la ciudad de Cabaça, se había instalado el rey del Dongo y sus hidalgos más poderosos, presencié un extraordinario prodigio, que fue que el cielo se lle-

nó de unos pájaros muy negros, muy grandes, nunca antes vistos allí por nadie, tampoco por mí en Pernambuco o Salvador. Los pájaros corrían por el cielo como enloquecidos, chillando fuerte, en una lengua que algunos afirmaban emparentaba con la de los muxicongos; en todo caso, lengua de gente, por lo que no me fie. Los pájaros gritaron todo el día y toda la noche, sin dejar dormir a nadie. Al amanecer desaparecieron, abandonando sus negras plumas presas de los arbustos de silvas alrededor de la ciudad, que por allí las hay en gran cantidad, y muy densas y espinosas.

Me llamó Ginga, y al entrar en su *banza*,* vi que estaba acompañada por el rey, su hermano, el belicoso Ngola Mbandi, así como por una decena de consejeros y poderosos hidalgos. A estas grandes conversaciones llaman los gentiles «hacer maca», lo que significa intercambiar palabras, pues cada notable es invitado a producir en el transcurso de ellas su opinión.

Ngola, cuyo rostro rudo y tenaz, de esquinas duras, mucho impresionaba, tenía los ojos rojos, trizados de sangre, tal vez por la mucha *diamba* (cáñamo) que había estado fumando. La reina, que a esas alturas todavía no lo era, no obstante el porte, ostentaba sobre los hombros una capa roja de apurada hechura, y aquella capa parecía hacer refulgir su rostro como si

* De la región de fanti o ashanti, en África Occidental.
(N. de la T.)

un incendio la consumiese. Ginga discutía en voz alta con el hermano, como si compartiera con él la misma vigorosa condición de macho y de soberano. Ya en aquel momento no admitía ser tratada como hembra. Y era allí tan hombre que, en efecto, nadie la tomaba por mujer.

Al verme, me llamó a su lado, lo que irritó todavía más al hermano. Nuevamente, los dos discutieron y, aunque no comprendiera una palabra, intuí que peleaban por mi causa. Domingos Vaz, de pie al lado de Ginga, esperó a que ambos se serenaran, puesto que, a un gesto de ella, comenzó a traducir.

Ngola Mbandi, derrotado hacía poco más de dos años en combate contra las armas portuguesas, pretendía partir hacia una nueva guerra. En su singular entendimiento, los pájaros negros que habíamos visto esa noche y el día anterior no representaban otra cosa que un ejército de antepasados, muertos en el transcurso de otras tantas contiendas contra la bandera portuguesa, exigiendo venganza.

Ngola Mbandi recordó la desgracia de las tropas de su padre, el rey Ngola Quiluanje, el 25 de agosto de 1585, contra el ejército del capitán André Ferreira Pereira. Yo conocía el episodio. Ngola Quiluanje había entregado el mando de sus guerreros a un valiente capitán llamado Ndala Quitunga. Las dos masas de hombres armados chocaron una contra otra junto al río, en un valle hundido en una espesa niebla. Los portugueses, aunque en menor número, contaban

con la violenta sorpresa de sus cañones, además de un escuadrón de caballería. Por último, lanzaron contra los guerreros de Ndala Quitunga jaurías de perros de guerra, animales que los ambundos nunca habían visto y que en su terror tomaron por hombres transformados en monstruos. Las tropas portuguesas degollaron ese día a muchos millares de guerreros ambundos. Como testimonio de la hazaña, arrancaron las narices a los cadáveres, llevando a Luanda la infame carga.

Ngola Mbandi recordó después la propia derrota, que atribuyó no sólo a la magia de los portugueses sino, sobre todo, a la de los jagas* del *soba*** Culaxingo, o Cassange, con los cuales los primeros se habían aliado. Culaxingo comandaba una tropa de guerreros encantados, que se escondían de la vista, a la vista de todos, o se dejaban atravesar por las flechas como si estuvieran hechos de agua, sin sufrir daño alguno.

Cuando se me pidió opinión, concordé con mi señora en lo concerniente a la temeridad del emprendimiento, pero evitando discutir las supersticiones de Ngola Mbandi, incluido el presagio de los pájaros chillones. Llamé la atención hacia el poderío militar de los portugueses, insistiendo en que cualquier desavenencia sería mejor corregida a través de

* Hombres dedicados a la guerra. (*N. de la T.*)

** Jefe de pueblo o de tribu en África, especialmente en el sur de Angola. (*N. de la T.*)

la palabra que por medio de la fuerza, pues en la guerra todos salen siempre derrotados, comenzando por la inteligencia. El rey me interrumpió, enojado, insinuando que yo estaba allí no al servicio de Ginga y suyo propio, sino como espía de los portugueses. Su hermana, con gran fervor, tomó entonces mi defensa, argumentando que había sido ella quien había pedido al gobernador portugués un secretario, alguien ilustrado en la ciencia de dibujar palabras. Volviéndose hacia mí, me dijo que no temiese mal alguno, pues, siendo su siervo, era también su invitado. Que hablara, entonces, según mi libre pensamiento, que para eso me había hecho venir. Otra vez insistí en la importancia de firmar con los portugueses un tratado de paz y concordia. El señor don Ngola Mbandi debería presentar sus justas quejas, sobre todo en lo que se refería a la construcción del presidio de Ambaca, en tierras que siempre habían sido suyas, así como en cuanto a la captura de esclavos y su envío al Brasil, puesto que los comerciantes portugueses andaban capturando cada año millares de cabezas y, con eso, despoblando el reino y menguando a las familias. Incluso debería exigir indemnización al gobernador, en caso de que éste insistiera en mantener el presidio en Ambaca. Finalmente, le aconsejaba solicitar el apoyo de Portugal en conflictos que, en el futuro, lo enfrentaran a reinos vecinos.

Ngola Mbandi se tranquilizó. Me ordenó que escribiera una carta dirigida al gobernador Luís Men-

des de Vasconcelos. Solicitaba al rey que aquella poderosa autoridad recibiera en Luanda una embajada suya, a la cabeza de la cual iría su hermana mayor, Ginga, que tenía por preciosa consejera. Allí mismo redacté la carta, tarea que el rey y sus macotas acompañaron con silencioso asombro. Luego la sellé con lacre de cera y fue entregada a un mensajero.

Regresé con el corazón desacompasado a la casa que me había sido entregada. Esa noche un mal sueño me afligió. Me encontraba solo en la selva enmarañada, y un ejército de feroces pájaros negros, cada cual del tamaño de un caballo, bajaba del cielo para lastimarme. Me desperté entre llantos, con las primeras luces de la mañana, sintiéndome como un niño perdido en la cueva del león.

Domingos Vaz apareció poco después. Viéndome tan atormentado insistió en acompañarme en una visita a través del *quilombo** y sus cercanías. Mientras cruzábamos el tumulto de aquellas aldeas, me fue contando su vida y sus desdichas y venturas. Había nacido en Luanda, pero había crecido en un ingenio de azúcar en la isla de Itamaracá, que en la lengua tupí tiene el significado de «piedra que canta». A los quince años su señor lo trajo de nuevo a Angola, encan-

* En Angola, campamento fortificado de los jagas (designación genérica atribuida por los europeos a los pueblos que, a fines del siglo XVI, invadieron territorios en el occidente africano, desde Guinea a Angola). (*N. de la T.*)

tado con su inteligencia y buena catadura, para que lo sirviera en su casa. Poco después, ya comandaba al resto de la servidumbre. El dicho señor, un hombre pardo, natural de Luanda, de mucha fortuna, con ingenios en Pernambuco y palacios en la ciudad de San Salvador de Bahía y en Lisboa, lo vendió después a Ginga, como intérprete. Domingos Vaz había aprendido de niño el quimbundo, el tupí y el portugués, y más tarde, ya en Luanda, el congoleño, el francés y el holandés, usando todos estos idiomas con admirable acierto y desenvoltura. En gratificación por sus servicios, Ginga le había concedido algunas leguas de buena tierra servida de abundante agua, y allí había levantado su casa y había cultivado sus campos y labranzas. Pero en 1618, después de la derrota de las fuerzas de Ngola Mbandi, los portugueses asaltaron el reino del Dongo como hormigas, saqueando, incendiando y recogiendo esclavos. Domingos Vaz perdió una treintena de esclavos, la casa y todo lo que había cultivado.

Puede parecer cosa rara que un esclavo posea también él hombres cautivos, pero en Angola, como entre los moros o incluso en el Brasil, eso es algo muy común.

Domingos Vaz me condujo a la casa donde entonces vivía, en un extenso arenal volcado sobre el río, en cuyas márgenes varias mujeres se ocupaban apilando maíz y salando pescado. A tres de esas mujeres las tenía él como esposas, una de las cuales era

aún muy joven, de mirada tierna y extraordinaria hermosura, llamada Muxima, palabra que en quimbundo significa «corazón». Domingos Vaz seguramente reparó en mi mirada, presa en los delicados pechos de la niña, pues me dijo, sonriendo, que podía tomarla y acostarme con ella, si tal era mi deseo.

Retrocedí con horror. ¿Cómo podía proponerme tal abominación, siendo la joven su esposa –aunque sólo según los rituales de los gentiles– y yo un siervo de Dios?

Domingos Vaz volvió a sonreír. Replicó con suavidad que era costumbre en los sertones de Angola ofrecer una de las mujeres, de modo general la más joven, a los forasteros, o a alguien por quien se nutra particular afecto. Pues que viera su gesto como el de un amigo que me quería muy bien. En cuanto a la sotana, sabía él de muchos sacerdotes que se acostaban con mujeres y procreaban con ellas, e incluso, en muchos casos, criaban y educaban esa descendencia como si fuera legítima.

–El Dios de los cristianos está muy lejos –agregó Domingos Vaz.

Al oírlo, me estremecí.

El gran río Congo se derrama en el mar —en ese mar al que algunos todavía llaman océano Etiópico— como una inmensidad en otra inmensidad, un vasto torbellino de sombras y desasosiego. A muchas millas de la costa, todavía sin que se aviste tierra, ya se siente África gracias al verde olor que cargan las brisas y a la sorda turbación de las aguas.

Una chalupa nos llevó desde el navío a la playa. Estábamos a menos de una milla de la costa cuando un marinero llamó mi atención hacia una alimaña extravagante, grande como un buey, con un hocico de perro y aletas semejantes a las de las focas. Me dijo el marinero que en el río Amazonas también se encuentran muchas de estas improbables criaturas, y que allí les dan el nombre de pez buey o manatí. Me dijo además que las hembras amamantan a las crías con el pecho, como mujeres verdaderas, mientras cantan, y que su cantar es tan bello y tan triste que con frecuencia enloquece a quien lo escucha.

De estos animales, a los que algunos también llaman pez mujer, se originó tal vez el mito de las sire-

nas, con el cual los marineros gustan de asustar al vulgo, siendo de lamentar que muchos autores estimables todavía hoy defiendan tan gran insensatez. Dios, de haber un Dios, no insuflaría vida a contradicción tan grosera, pues me parece tarea imposible armonizar la perfección de la mujer y su piel tan lisa y perfumada con la brutalidad de un pez.

Frente a mí, mientras escribo estas líneas, tengo el relato de fray João dos Santos, *Etiopía Oriental e Historia varia de cosas notables del Oriente*, en el cual éste describe –con muchos equívocos groseros– lo que juzgó ser un manatí:

A quince leguas de Sofala están las islas de las Boccicas, a lo largo de la costa hacia la parte sur, en cuyo mar hay muchos peces mujer, que los naturales de las mismas islas pescan y agarran con líneas gruesas y grandes anzuelos con cadenas de hierro hechas solamente para eso, y de su carne hacen tasajos, curados al humo, que parecen tasajos de cerdo. Este pez tiene mucha semejanza con los hombres y mujeres desde la barriga hasta el cuello, donde tienen todas las facciones y partes que tienen las mujeres y hombres. La hembra cría a sus hijos en sus pechos, que los tiene propiamente como una mujer. De la barriga hacia abajo, tienen un rabo muy grueso y largo, con aletas, como cazón.

El dicho manatí se acercó a la chalupa, mostrando una intensa curiosidad. De inmediato, uno de los remeros, natural de la región, sugirió que le diésemos caza, pues su carne tiene fama de sabrosa. Estos manatíes son mansos, incapaces de defenderse. La curiosidad los pierde. Me apiadé de él y rogué a los marineros que lo dejaran ir. No me escucharon. Fueron a buscar arpones y lo perforaron y sangraron, arrastrándolo después a bordo. Todo lo presencié con el corazón lleno de dolor.

Salté de la chalupa, pisando por primera vez el suelo de África, en este caso el del reino del Congo, con la sotana manchada de la sangre ingenua del animal, y no hallé en eso un buen presagio. El futuro me dio la razón.

Yo había cumplido veintiún años hacía poco. Era un joven todavía imberbe, sosegado y curioso como aquel manatí cuya tortura y asesinato había presenciado. A los nueve años, mi padre me arrancó de los brazos cariñosos de mi abuela negra y me llevó a estudiar al Colegio Real de Olinda. A los quince ingresé como novicio en la Compañía de Jesús. Abandoné Pernambuco en un navío negrero, el *Buena Esperanza*, con destino a San Salvador, la africana, antes llamada Ambasse, cabeza del reino del Congo, para unirme a los hermanos jesuitas en una escuela que pocos años antes estos habían fundado. Conocía del mundo sólo lo que había leído en los libros y, súbitamente, me encontraba allí, en aquella África re-

mota, rodeado por la codicia y por la infinita crueldad de los hombres.

Llegué en un momento de insidia e inquietud, el reino estaba dividido, unas facciones contra los portugueses y otras a favor; unas contra la Iglesia y contra los sacerdotes, a los que acusaban de destruir las tradiciones indígenas, lo que era cierto, y otras que defendían la rápida cristianización de todo el reino. Tampoco los hermanos jesuitas se entendían. Pronto descubrí que la mayor parte de estos religiosos sólo se interesaba por el número de piezas que podían rescatar y enviar a Brasil, encontrándose allí más en condición de comerciantes de la pobre humanidad que en la de pastores de almas. Pocos actuaban con verdadera misericordia y caridad para con aquellos infelices gentiles que, al final, nos cabía instruir y convertir.

En este ambiente, ocho o nueve meses después de mi llegada, tomé conocimiento de que el gobernador, Luís Mendes de Vasconcelos, buscaba un hombre instruido en letras para servir como secretario a la señora doña Ginga, hermana del rey del Dongo. Por una feliz casualidad estaba ella de visita en el reino del Sonho, con gran secreto, en conversaciones con hidalgos de aquel reino y del vecino Congo. Fui a hablar con el obispo, que me escuchó atentamente y rápidamente me dio su visto bueno, tal vez porque mi presencia en San Salvador del Congo no era del agrado de muchos, tantas preguntas yo hacía y con tamaña candidez.

Al reunirme con Ginga, en realidad estaba huyendo de la Iglesia, pero a esas alturas todavía no lo sabía; o lo sabía, pero no osaba enfrentarme a mis más íntimas dudas.

Otra cosa no hice el resto de mi vida, que ya es tan larga y desordenada, más que huir de la Iglesia.